

El monstruo de la razón produce sueños

Orfelio G. León
Universidad Autónoma de Madrid

Más eficaz que dar estadísticas de cáncer de pulmón, es decir que besar a un fumador en la boca es como lamer un cenicero.

Anónimo

Algunos psicólogos de la primera parte del siglo pasado –que eran más lúdicos en sus explicaciones– habrían dicho que la respuesta bienpensante al artículo de J. Delgado era la negación. No hay tal crisis y la metodología no es ni mucho menos dogmática.

E pur si muove.

Sin embargo, si uno, “en la intimidad”, es sincero consigo mismo, reconocerá que los razonamientos del profesor Delgado cuestionan la solidez de los cimientos objetuales –¡perdón por la palabra!– de la Psicología. Este ensayo no es una gran *boutade* de un recién licenciado, sino que su escrito está bien documentado y mueve –o debe mover– a la reflexión.

En el caso de los adscritos debajo del paraguas de la llamada por el MEC Metodología de las Ciencias del Comportamiento deberán asegurarse de leerlo, no sólo en la intimidad, sino con la puerta cerrada, ya que la desnudez epistemológica a la que nos somete puede producir una vergüenza lacerante. Aunque los argumentos no son nuevos (véanse los documentos citados allí del Congreso de Valencia en 2004), su crudeza y el verbo claro con que se exponen hace que restallen sobre nuestra conciencia.

Por supuesto que no estamos de acuerdo con todo lo que expone Delgado (aunque sí en el objetivo), como, por ejemplo:

1. No creo que se deba seguir usando la careta de la metodología/*research methods* para llamar a lo que no es más que análisis de datos –en el mejor de los casos– o estadística sin más –en el peor–.

2. Defiendo que, los que nos dedicamos a la metodología, “la reestructuración cognitiva” a la que nos debemos someter no debemos buscarla en el neo-

neo-positivismo de los neo-experimentalistas (Hacking, citado en el texto), sino mediante la apertura a lo cualitativo.

Si el lector no comparte las tesis de Delgado, que no desespere, porque es muy posible que sintonice, en la coda final, y reconozca el tufo de la diabólica suprema razón: el imperativo social/ministerial de “publica o perezcas”.

Delgado critica con motivos, con argumentos, con explicaciones... con razón, en definitiva.

Y tanta razón, al final de la jornada, me produjo un sueño intranquilo que me parece recordar:

“En una fiesta en el campus de la universidad, Clara (becaria del CSIC en el Instituto de Materiales) le toca en el hombro a Sergio (profesor asociado en la Facultad de Psicología) para que le deje acercarse a pedir una bebida.

— ¿Y tú a qué te dedicas? —le pregunta ella. (*¡Qué bien pinta el nen! Piensa Clara a continuación.*)

— Soy profesor de metodología aplicada a la psicología. (*Ehhh, ¿y esta tía, de dónde ha salido.*)

— Ya...

— O sea, de la forma de investigar. Explico a los alumnos cómo se obtiene el conocimiento en Psicología. (*¡Qué directa!*)

— ¿Y, eso no se aprende al estudiar las propias investigaciones?

— Bueno... eh... se podría, pero les costaría mucho.

— Porque, ¿sabes? en Física no tenemos una asignatura como esa y todo el mundo aprende cómo se hacen los experimentos.

— Sííí... —inaudible.

— ¿Y, luego, cuando no das clase? (*Un pelín soso, quizá.*)

— Pues, colaboro en investigaciones como metodólogo.

— ¿Qué pasa, que los investigadores no saben aplicar los métodos?

— No tía, no. Lo que ocurre es que la gente se atranca con la estadística y quiere estar segura de que lo hace bien. Por cierto, te noto un poco quisquillosa. (*Se está poniendo un algo pesada.*)

— No, es que siempre me ha llamado la atención que los psicólogos tengáis más asignaturas metodológicas que nosotros... y como tú has dicho que curras en eso, pues... aprovecho. Claro que si te molesta lo dejamos. (*¡Joé, los chicos siempre tan susceptibles cuando se cuestionan sus habilidades.*)

— ¡No, no. ¡Qué va! Tú, pregunta... sólo que me sorprendía un poco... quizás ha sido el tono en el que lo has dicho...

Tras un corto silencio es ella la que continúa la conversación.

— Entonces tú haces el análisis de los datos de la investigación...

— Sí.

— ¿Y quién se encarga de planearla?

— Normalmente, el director del trabajo.

— Entonces ¿él no sabe cómo analizar los datos de un plan que ha trazado?

— No exactamente. Puede que no se le dé bien utilizar los paquetes estadísticos.

— Ah... ahora ya lo pilló, sois como las mecanógrafas de antes.

— ¡Joder, tía, que cáustica estás! (*Seguro que tiene el SPM.*)

— (*No sabía que ser mecanógrafa era un insulto. Me temo que no ha ligado mucho últimamente.*) Vamos a ver si lo he entendido bien: si el que realiza la investigación además de saber planearla supiera cómo analizar los resultados, no te llamarían ¿no?

— Mujer, puesto así... además, en ocasiones también participo en el diseño del experimento...

— ¡Ostras! ¡Hacéis experimentos en psicología! y, además... también controlas de contenidos concretos de investigación. (*Este tío me está pareciendo un cantamañanas.*)

— Por supuesto que hacemos experimentos... es lo fundamental para averiguar las causas de los fenómenos... y, de contenidos... tía, algo siempre se controla. (*¡Qué se habrán pensado los físicos, que sólo ellos experimentan!*)

Clara sube las cejas, da un trago a su bebida y con un tono de voz melifluido –arrastrando la pronunciación– pregunta:

— ¿... “algo”, como para ser capaz de pensar una logística que dé respuesta a una pregunta, que hasta ese momento nadie ha sido capaz de responder en la literatura especializada...? (*¡No me lo puedo de creer!*)

Piensa ella a continuación.

— Si por ti fuera no me debían habilitar ¿no? (*Lo tienes claro si piensas que te acerque con el coche al centro.*)

— A ver... estamos hablando del papel del metodólogo en Psicología... no de si tú debes comer a diario.

— Pero es que tal y como lo pones, parece que estamos de más. (*Como tú, que me estás sobrando desde hace un rato.*)

— ...en física, ya te he dicho que cada uno se lo monta por sí mismo... no tenemos “asesores metodológicos, ni informáticos”.

— Por cierto, voy hacia el centro ¿me puedes acercar y seguimos hablando?

Continúa Clara, sonriendo.

— Por supuesto, encantado.

Contesta Sergio, preguntándose quién, desde dentro de sí, ha dado esa respuesta.

— ... ¿Seguro?... ¿No te importa que continuemos?

Enlaza Clara al tiempo que él mueve la cabeza en señal de asentimiento.

— Lo que de verdad siempre me ha intrigado es cómo analizáis los sueños con un paquete estadístico. (*Risas.*)

— Es que los sueños ya no se estudian. Eso no es científico.

— Ah... ¿y el complejo de Edipo?

— Eso es psicoanálisis. Está trasnochado. (*Se ve que no es tan listilla como parecía.*)

— ...y la humillación de las mujeres maltratadas, la soledad de los ancianos, el desánimo de un suspenso en selectividad, la locura de un enamorado...

— ¡Eeeiii... para..!. eso sí son temas que se podrían investigar... (*Vaya, parece que toma otro curso la conversación. Eso último, ¿no habrá sido una indirecta?*)

— Y... ¿Cómo haríais esos experimentos? (*Me parece que me mira mucho a los ojos.*)

— Uhhmm... la verdad es que esos temas son más bien de clínica... ahora mismo... bueno supongo que siempre se puede encontrar algún test... pasar algún cuestionario...

— Ya... pero lo que yo digo es cómo hacer experimentos...

— Bueno... ahora mismo... me da la sensación de que sería complicado. (*¡Joder!... no se me ocurre nada.*)

— Ya... habrá que saber bastante del tema para poder plantear la investigación ¿no? (*Si te quedas mirándome con esa carita de flipao, seguro que no ves la forma.*)

— Sí, en eso estamos de acuerdo... y yo, de esos temas... la verdad... me pillan un poco lejos.

— No... como antes decías que lo fundamental era la experimentación...

Lo dice suavemente, sonriendo; al tiempo le aprieta un poco la pierna del acelerador, queriéndole decir que no pasa nada. Sergio traga saliva. Mira fijamente al coche de delante para evitar sus ojos. Por respuesta, se queda callado; esperando la continuación. Y es Clara la que apostilla:

— Vale, todos no sabemos de todo... ¿Tú... sobre todo, lees de...?

Sergio se queda callado. El semáforo se acaba de poner en verde y él no arranca. Cuando suenan los cláxones contesta que él, sobre todo, lee novela histórica (pero no arranca).

— Eh! chico... (*Te preguntaba de psicología, campeón...*)

Sergio, por fin, arranca.

— A mí me gusta la poesía. Especialmente, los románticos ingleses. (*Tal como me temía, da la impresión de que es difícil hacer experimentos en psicología...*)

— Vaya... es imposible coincidir. (*Supongo que no lo hará aposta.*)

— No generalices... mira, seguro que coincidimos en que ese hueco está guay para dejar el coche. (*Espero que, al menos, le guste el jazz.*)

— Perfecto... estaba pensando en aparcar. (*Espero que, al menos, le guste el jazz.*)”

Me desperté con una sensación a Colacao reseco en el cielo de la boca. Fui consciente de la respiración acelerada y de lo lejos que estaría de las treinta y ocho pulsaciones en reposo de la temporada de entreno. La claridad del alba se asomaba por los listones mal encajados de la vieja persiana de madera. Bebí un trago de agua y volví a cerrar los ojos para apresar la última parte del sueño.

Al cabo de unos minutos una pregunta me asaltó: ¿Yo era Sergio o Clara?

Lo tendré que consultar con mi psiquiatra en la próxima visita, me dije al tiempo que me retiraba el edredón.